



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

248

AL HOMBRE, AL ESCRITOR, AL REVOLUCIONARIO

## ISIDRO FABELA, EJEMPLO Y PROGRAMA

POR PERE FOIX,

(*novelista, escritor y periodista catalán*)

Don Isidro Fabela, eminente jurista, diplomático de singular franqueza, de indómita altivez y firmes convicciones, siempre presto a defender a la Patria con el desinterés de los idealistas, escritor de estilo flúido y profundo que al tratar un tema, el que sea, cautiva al lector tanto por su claridad en la expresión cuanto por su valentía y que sin los desplantes ni la petulancia de los mediocres defiende la Justicia y la Libertad amén de todas las causas justas, es merecedor del homenaje de todos los mexicanos sin distinción de credos religiosos ni banderías políticas.

Hombre discreto, se recluye en su casona de San Angel y allí trabaja. Trabaja por y para la ajena felicidad, y medita sobre cuál puede ser la manera más fácil de conseguirla, que en estos tiempos de regresión moral de la humanidad, sabido es que la gente no derrama inocencia, sino que vemos a multitud de sujetos que con cara ceñuda y látigo en mano castigan a los rebeldes, con afán de proteger a los tiranos y a los holgazanes, provocando temores y zozobras. Unos intrigan doblando el espinazo ante el todopudiente, mientras otros practican el asesinato que tienen como norma de gobierno. Y por si tanta desventura fuera poco, tales criminales reciben el diabólico aplauso de quienes se autoproclaman los defensores de la democracia y de la libertad.

Aquí cabe reproducir una página de Galdós, quien pone en labios de uno de sus personajes, Patricio Sarmiento, las siguientes palabras pronunciadas ante el verdugo mayor de Fernando VII, un individuo conocido por Francisco Chaperón:

“No importa que fusiléis a trecientos a mil o a un millón de patriotas (léase liberales); nada importa, señores. Lo que ha de

venir vendrá. Si pretendéis atajarlo con patíbulos, vendrá más pronto. Los patíbulos son árboles fecundos que con el riesgo de la sangre dan frutos preciosísimos. Echad sangre, más sangre; eso es lo que hace falta. Las venas de los patriotas son el filón de donde mana la nueva vida... Del patíbulo hemos de salir triunfantes, trocados de humanos miserables en immaculados espíritus... Adelante, pues, cumpla cada uno con su deber: el vuestro es matar, el nuestro sucumbir carnalmente, para vivir después la excelsa, la immaculada y deliciosa vida del espíritu... Llevandonos ya; subidnos a esos gallardos maderos que llamáis infamantes. Mientras más altos mejor. Así alumbraremos más. Somos los fanales del género humano."

Y Salvador Monsalud, al verse acosado por el Bragas o Pipaón en el sentido de que se diera un escarmiento a los absolutistas derrotados, noblemente le contestó: "El derrotado, bastante amargura tiene con su derrota. Seamos generosos."

Semejante generosidad no cabe en el alma de los tiranos que regüeldan ahitos de sangre humana, que destruyen al país que los sufre, que provocan emigraciones en masa, pues por centenares de miles se cuentan los que se expatrian por no poder vivir en una patria inhóspita de la que el tirano ha proscrito la libertad, que Ganivet ya dijo con la melancolía del emigrado: "Una nación que cría hijos que huyen de ella por no transigir con la injusticia, es más grande por los que se van que por los que se quedan."

Isidro Fabela sabe esto y por saberlo, siempre está junto al perseguido que huye de la injusticia y con su verbo atrayente y preciso lo alienta, pero no para avivar el rencor y propagar el desquite, sino abriendo el surco donde con delicado ademán pone la semilla del amor. Que otra cosa no puede hacer el hombre que al odio que mata responde con el amor que baña de luz y felicidad, a quien de luz y felicidad ha menester. Pues este noble caballero que es don Isidro Fabela, "allá en la dulce y gloriosa tierra de Francia", él y su digna esposa recibieron un precioso regalo en gracia a su bondad: la primera sonrisa de un niño, huérfano de guerra, seguido de otra sonrisita de otro huérfano, como el primero de la guerra española, que en 1939, año del éxodo español, don Isidro y su esposa adoptaron dándoles un limpio nombre y un hogar en el cual han crecido recibiendo cabal educación. Y aquellos niños de 1939, hombres hoy, llevan con orgullo el nombre

de su padre adoptivo. La emotiva *Carta a mi hijo Daniel* en la que don Isidro vuelca con ternura todo su amor, es el más elocuente testimonio de la bondad de él y de su esposa. "No tuvimos la gracia divina de escuchar tu primer grito cuando viniste al mundo; pero sí endulzaste nuestras horas con tu sentimiento purísimo de amor filial", escribe don Isidro en tan maravillosa carta y continúa: "Desde que llegaste al cobijo de nuestra cordial mansión, fuimos tu mamá y yo más venturosos que antes, porque al recibirte en nuestras manos el Señor estuvo con nosotros, pues ya lo dijo el propio Nazareno: 'El que recibe un niño en Mi nombre, es a Mí al que recibe. Desde entonces, Daniel, afianzé mi apego a la existencia al ilusionarme con que mi nombre se perpetuará en tus hijos.'"

Con esta admirable y elocuente *Carta a mi hijo Daniel* que rebosa ternura, basta para admirar y estimar a don Isidro Fabela, quien amor predica y amor da. Esta "Carta" luminosa, profunda, bella deja una impresión agradable y duradera.

Los que luchan por la emancipación integral del hombre sin regatear esfuerzos ni tener en cuenta sacrificios y penalidades, los que entienden que una mejora material inmediata si bien puede ser una ayuda momentánea no resuelve el problema angustioso de la vida rodeada de trabas que dificultan el libre desenvolvimiento del individuo; los que se enfrentan a los sistemas que no ajustan sus leyes a la constante renovación de los valores humanos, que no prestan apoyo a la Solidaridad, a la Justicia Social, a la Fraternidad, sino que fomentan las pasiones, el encono, la codicia, la miseria, la ignorancia causas de malestar del género humano; los que quieren que este mundo en quiebra no vaya a la hecatombe y renazca la confianza mutua y la convivencia destruya la agresividad; en fin, los que no se desengañan pese a los fracasos ni desesperen de llevar a cabo la transformación social, tienen, en la vida y en la obra de don Isidro Fabela, un ejemplo y un programa.

Porque don Isidro es un luchador impenitente que se enfrenta al peligro, que conoce la amargura del exilio; porque es un hombre de recia personalidad, de arraigadas convicciones, de múltiples facetas culturales y que, pese a su relieve internacional, ejerce el oficio de escritor con la humildad de Cristo, quien según los Evangelios la única vez que escribió lo hizo con el dedo desnudo, sin tinta ni caña y en el polvo del suelo. He dicho que escribe con la

humildad de Cristo, pero no en el polvo del suelo que el viento se lleva al primer soplo, sino con sólida pluma y cumpliendo una misión a fin de que su pensamiento escrito quede para la posteridad, que en el presente sabe dónde están sus lectores y al escribir dialoga con ellos, pues que no es como el poeta que habla solo en las tinieblas aspirando a una comunicación viva para que sus palabras tengan algún sentido. Toda su obra literaria tiene un sentido, ya lo he dicho. Un sentido profundamente humano. “El literato —dijo Isidro Fabela en su discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a la Española— escribe para que lo lean, no para enterrar en la gaveta sus papeles queridos, sino para deleite ajeno, si le es dable, para dirigir a los demás, si tiene prestigio; para enseñar si es maestro, descubrir el pasado, si es historiógrafo; mostrar caminos, si es humanista...”

Pues bien; yo que no conozco personalmente a don Isidro pero que desde hace veinte años sigo con interés creciente su actuación de político y de escritor, he comprobado que es el literato que deleita y dirige, el maestro que enseña y el humanista que muestra caminos.

En su discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua, Fabela glosó la obra y la persona de Cervantes. Se trata de una pieza oratoria particularmente bella y certera su visión de Cervantes. Y enjuicia cabalmente las dos grandes figuras cervantinas, únicas en la literatura castellana y quizá en la universal: Don Quijote de la Mancha y la del Sancho bueno, ocurrente, sagaz a quien se le pegaron las heroicas y nobles locuras de su amo y señor, del que fue servidor con honrada y devota lealtad.

De tan magnífico discurso que debería ser reeditado y profusamente difundido, quiero reproducir el último párrafo. Dice así: “Gracias, Gran Señor, por el bien que me hiciste enseñándome tus conceptos de la bondad, el honor y la misericordia; gracias porque me guiaste por los caminos de la estricta justicia; gracias, Señor, porque en medio de tus cantos al idioma castellano, que son todos tus capítulos de romance caballeresco, encendiste en mi espíritu una llama que siempre arde como lámpara votiva a tu idioma esplendoroso; gracias, inmortal Señor Don Quijote de la Mancha, porque con tu fabla y tu fábula, tus heroicidades y tus locuras, tus discursos y tus penitencias y tus ideales de libertad y de redención, me hiciste amar a tu patria como si fuere mía y me hiciste tam-

bién, Señor Don Quijote, un devoto rendido del verbo castellano en el *que aprendí a hablar, a pensar, a amar, a rezar y a soñar.*”

Discurso singularmente bello es este al Quijote dedicado, el cual en el ramillete de sus obras resalta como una florecilla cautivadora tanto por su hermosura cuanto por su perfume. Y quienes sean devotos lectores de la más substancial, diáfana y elevada obra cervantina —que han de ser todos los que el castellano leen— embelesados habrán de gustar de tan valiosa pieza oratoria en la que con tanta equidad don Isidro ensalza no sólo la figura del insigne Caballero de la Triste Figura, sino la de su creador que en vida, para baldón de los de su generación, fue paupérrimo escritor y poeta, regateándole mérito y sapiencia. Pero no importa. El gran Cervantes, sin pecunia pero altivo, enfrentarse supo a la desventura y a la envidia, y la Gloria, tan huidiza como huraña, voló a su lecho de muerte para posar en su frente el beso de la fama y de la inmortalidad.

Toda la obra literaria de Fabela acredita a un sabio escritor. Cualesquiera de sus artículos o libros son un regalo y una enseñanza. Para mí toda su producción es un hechizo y al leerla, siento el placer de la afinidad, tanto, que al releer ahora un trabajo suyo titulado “La Conferencia de Caracas y la Actitud Anticomunista de México”, coincidiendo yo con su pensamiento, pergeñé un artículo comentando dicha Conferencia; rechazado en dos diarios de México, lo envié al periódico “Lealtad”, de Montevideo, que lo publicó.

Hombres de pluma honrada y veraz como la de Isidro Fabela son siempre necesarios, pero mucho más en este desventurado siglo en que triunfan las malas artes. Acaso no somos testigos —y víctimas— de sucesos repugnantes cuyo principal personaje suele ser un *valiente* de melodrama o un sargento analfabeto con entorchados de general, que plantándose en primera fila se erige en dictador? Y entonces ocurre lo que dice Huxley que, “cada dictador, tiene una jerga que es la propia. Los vocabularios son distintos, pero sus propósitos son los mismos en todos los casos: legitimar un despotismo local, hacer aparecer a un gobierno de *facto* como un gobierno de derecho divino, legitimando los crímenes más monstruosos”. Y así va el mundo: enredos, trifulcas, guerras, asesinatos políticos, persecución del pensamiento, difamación del adversario derrotado, miseria y opulencia que se enfrentan, siendo causa de

graves perturbaciones sociales. Y que la humanidad moralmente retrocede cada quisque lo sabe. Y también puede comprobar que quienes hablan de reformas progresivas y de libertad, son una minoría de iluminados tenidos por mentecatos soñadores que se empecinan en propagar la fraternidad y el respeto al individuo por ser parte fundamental de la sociedad.

El hombre primitivo, concretamente el de la edad de piedra, fue más feliz que nosotros que sufrimos, sin posible defensa, el ataque bárbaro de esas fieras bípedas uniformadas que matan usando esas armas monstruosas (léase modernas) mientras que aquéllos a pedrada limpia se defendían de los animales feroces y el género humano pudo subsistir.

Hoy, todavía y para vergüenza de la humanidad y de la tan sobada civilización, en algunos países el Estado lo es todo y nada el individuo. Y el pueblo, inerme, presencia las francachelas con que amenizan su regalada vida tiranos y validos. ¡Y chitón! Que quien se atreve a reclamar lo que es suyo está irremisiblemente perdido, pues que muere asesinado y lo que aún es peor, sus despojos profanados y calumniada su memoria: unos, con un descaro despampanante, cubren de improperios a la víctima, mientras que otros, desaprensivos y cínicos, califican de comunistas a sus más inofensivos contrincantes. Para mantenerse erguido frente a esas dos tiranías igualmente repulsivas, el hombre de nuestros días ha de soportar —caso de que pueda escapar de la muerte— la miseria moral que le rodea, le envuelve, lo corroe y lo estruja. He aquí la gran tragedia del hombre que no se resigna a ser testigo pasivo del derrumbe moral y espiritual de la humanidad, y quiere actuar en defensa de su ideal de libertad.

El axioma de Oscar Wilde que dice: “Al estado le toca hacer lo que es útil; al individuo, hacer lo que es bello”, nadie, los ilusos aparte, lo toma en cuenta. Pero Fabela parte de la minoría de ilusos que con noble afán impulsan las buenas causas, sin que la adversidad los amilane. La fraternidad universal es la meta de don Isidro y el premio a que aspira por su tenaz defensa de tan alto principio, es que sus amigos y discípulos sigan su ejemplo. De ahí que yo, modestamente pero con sinceridad, me haya adherido al justo homenaje que se le tributa.